

## Las ciudades (in) visibles

### **Lo que está pasando en nuestras ciudades (y uno no se atreve a preguntar)**

#### 1- Son los encarnacenos mas inteligentes que los asuncenos?

La respuesta podría ser otra pregunta: ‘quiénes encarnacenos?’, pero de eso hablaremos mas adelante.

Con lo que quería comenzar en realidad es con un episodio trivial que desencadenó varias reflexiones sobre nuestras ciudades, pero inevitablemente, después, acerca de quienes realmente hacen las ciudades.

Así que volvamos al episodio: una esquina con semáforo de una avenida principal de Encarnación, hace unos meses. Estaba de visita y la persona que era mi anfitriona y hacía de cicerone era quien manejaba, lo que me permitía observar relajadamente todo lo que pasaba alrededor sin tener que atender las prosaicas exigencias de conducir.

En Encarnación también hay niños en los semáforos, como en Asunción, y también, como [para](#) los de aquí, su ‘clientela’ preferida son las mujeres, así que uno de ellos se abalanzó a realizar su tarea sin más trámites.

Cualquiera preguntaría dónde está lo notable, aparte de que parece que los encarnacenos son mas prácticos para nombrar (o quizás, decir) sus calles. A una avenida importante que se llama ‘Gaspar Rodríguez de Francia’, ellos la llaman simplemente ‘Francia’. Nosotros, ‘Rodríguez de Francia’.

Pero lo que me llamó la atención es que el niño que acometió la tarea de limpiar el parabrisas lo hacía con un artefacto igual a los que usan por Asunción, solo que con una vara mucho mas larga, que le permitía liquidar la operación con notable rapidez desde un solo lado y sin perder tiempo en moverse hasta el otro costado del auto –como se hace por aquí- dividiendo el trabajo en dos mitades.

Me quedé pensando: ‘son mas inteligentes los limpiavidrios de las esquinas encarnacenas que los de las esquinas asuncenas?’

Pero eso no era lo único que me había llamado la atención ni la única pregunta que me hice en las varias oportunidades que tuve de estar por allá.

Tanto en una calle lateral de la terminal de buses como en la de un costado de la Plaza de Armas pude ver algo interesante: los taxis estaban estacionados perpendicularmente a la calle, alojados en un retiro o dársena y sin restar espacio al ancho de la calle, cada uno en su sitio, con la ventaja adicional que el pasajero –o el conductor- que quisiera meterse en el vehículo no está exponiendo su humanidad abriendo puertas sobre la calle ni entorpeciendo el tránsito.

Le pregunté a un taxista, (yo, acostumbrado a la lógica troglodita de las filas indias de chatarras invadiendo siempre los tramos de calzada que más debieran estar despejados) cómo es el sistema para decidir cuál taxi sale primero, al sorprenderme que me indicaba uno que estaba en cualquier lugar menos en los extremos, 'llevamos una planilla. No importa el lugar que ocupe cada uno, lo que importa es el orden de salida'. Estupefacción newtoniana. Y con sandía.

## 2- Y la (archifamosa) costanera, el huevo o la gallina?

Que es el primer punto a donde quería llegar. El lugar común según el cual la Costanera de Encarnación aparece de pronto, como resultado de una decisión inclusive ajena a su propia administración, generando un impacto notable en la ciudad, y a partir de ahí, presentada como un ejemplo, un camino que otros deberíamos imitar o seguir.

En ese enfoque dominante, la Costanera se vuelve así una especie de 'Deus ex machina', que explica y visibiliza un hecho aunque, sin embargo, para una lectura que se detiene solo ahí, pasa por alto todo un proceso.

En la historia de las ciudades, sobre todo después del Renacimiento, si bien las grandes obras e intervenciones urbanas que las transformaron e impulsaron a un diferente grado de desarrollo se originaron en decisiones político-administrativas, sería poco cuidadoso pasar por alto que las instancias que generan esas medidas transformadoras responden a su vez a otras fuerzas, empujes e iniciativas mucho más difusas y difíciles de identificar, pero claramente presentes para quien profundice un poco más en el trasfondo histórico y social de los procesos urbanos. En otras palabras, las verdaderas transformaciones vienen como resultado de un proceso.

Para citar un ejemplo histórico trillado, las transformaciones parisinas originadas en el poder cuasi absoluto otorgado a Haussmann por Napoleón III, no pueden ser entendidas en su verdadero alcance y sentido si pasamos por alto que a su vez expresaban los ideales, ambiciones y valores estéticos de la gran burguesía, decidida a dejar su impronta de modernidad en la vieja París en ese entonces todavía en gran parte medieval. No suele mencionarse esto, pero no separan sino tres años la instalación de Haussmann como prefecto de París en 1853, de la publicación, en 1856, de Madame Bovary, de Flaubert, que desata parecida conmoción a la de la apertura de los bulevares, y es esa también la ciudad cuya modernidad otro gran escritor de la burguesía como Balzac anticipara pocos años antes.

Todo esto me lleva de vuelta al pequeño y enérgico niño que limpiaba parabrisas al pie de un semáforo en una esquina de Encarnación, o a los taxistas mucho más civilizados y profesionales que los de su otra ciudad colega santísima y pueblerinamente mariana. O a las manzanas que recorrí a pie, después de atravesar la Plaza de Armas limpia y bastante bien mantenida (pensaba irremediablemente en nuestra Plaza Uruguaya), donde veía, más que un razonable respeto a un plan urbano, el acuerdo tácito entre iguales respecto a la ciudad en que viven, algo mucho más importante que centenares de normas y ordenanzas.

(Y esto, para un ojo entrenado y obsesivo con estas cosas, es algo que se ve en mil y un detalles: por ahí nadie intenta ‘hacerse el vivo’ ni sacar ventaja individual a costa de la ciudad, al menos por donde me tocó recorrer, como es tan descorazonadoramente común en Asunción, sin importar que sea en barrios populares o en los mas exclusivos.)

O, principalmente, me devuelve a la percepción que tuve a través de conversaciones casuales y charlas triviales, de que la ciudad estaba presente en sus habitantes, lo que –por esa misma conciencia de la ciudad que llevan consigo- los convierte en ciudadanos, mas allá de meros habitantes.

También permite que llegemos a la famosa Costanera, que pude transitar a distintas horas del día en diferentes oportunidades, incluyendo una tarde calurosa y pletórica en que se hacía el lanzamiento de una campaña de interés público.

La Costanera que, por el poder de convocatoria que demostró tener, muchos interpretaron y saludaron como el disparador del entusiasmo y el interés de la ciudadanía por su ciudad. La obra que muchos suponen que es el motor de arranque de las transformaciones urbanas que Encarnación necesitaba. Creo que es totalmente lo contrario.

Los efectos colaterales o subsecuentes de obras como éstas son sin duda reales e innegables, pero esas no son las verdaderas transformaciones, sino apenas una respuesta predecible que ocurre dentro de la lógica propia del desarrollo inmobiliario. Y no se debería confundir una cosa con otra.

Como en el caso del huevo y la gallina, como en todo dilema falaz, no hay tal, y como suele ocurrir siempre, una mirada mas aguda nos revela lo que una y otra vez la historia se empeña en demostrar con insoportable terquedad: que las transformaciones visibles y materiales son el resultado y la expresión de otras transformaciones previas, menos visibles, mas difusas y también mas complejas y subterráneas, y no al revés. En parte, porque la Historia, como dice Savater, no viene con cuaderno de reclamos.

Mientras no haya identidad y sentido de pertenencia, mientras no haya coincidencia de intereses sectoriales y consensos sociales tácitos, mientras no haya un sector mayoritario de habitantes que pasa a tener conciencia de ciudadanos, y por lo tanto, con la capacidad de imaginar, soñar e impulsar una ciudad deseable (sin que eso signifique el enunciado de planes urbanísticos, ya iremos a ese punto), mientras no haya nada de eso, tampoco habrá la base de sustentación política –política, no partidaria- ni la legitimación social para que sean posibles transformaciones urbanas relevantes y sustentables en el tiempo.

Todo pareciera indicar que Encarnación es un caso, por diferentes motivos cuyo análisis supera el objetivo y la extensión de este artículo, y a raíz de la convergencia de varios factores, donde se opera este proceso

### 3- Las historias de tres hermanas fronterizas

Ciudad del Este, Encarnación y Asunción comparten la infrecuente situación de ser al mismo tiempo las tres principales ciudades, pero también de estar situadas en los bordes del país. Un país sin centro, urbanísticamente hablando.

Algo parecido a lo que en 1956 llevó al gobierno de Juscelino Kubitschek a impulsar y construir Brasilia.

Si, simplificando y resumiendo quizás demasiado, pudiese afirmar que Encarnación representa el caso de una ciudad donde la emergencia de una burguesía y de un consenso ciudadano tácito se encuentra en la base del impulso que hoy se materializa en silenciosas pero importantes transformaciones urbanas, el caso de Ciudad del Este se define por el de su especialización comercial y su vocación cosmopolita, así como a Asunción le caracteriza su cualidad de pueblerina, difusa y sin proyecto.

De hecho, CDE es la única ciudad verdaderamente cosmopolita de Paraguay, mas allá de su caótico y muchas veces perverso desarrollo material. Pero ahí también hay indicios de una transformación un poco mas profunda, expresada en la aparición de coincidencias de intereses sectoriales e incipientes y quizás todavía imperceptibles consensos sociales tácitos, que de manera paulatina apuntan a la proyección de un modelo compartido de ciudad deseable.

Todavía falta un largo trecho, pero se perciben indicios de que algo empieza a suceder en Ciudad del Este, diferente a la rastrera e insensata especulación que hasta hoy ha marcado su historia.

#### 4- La hermanita pueblerina, reina de las periferias.

La más vieja. La que se quedó, trémula, vacilante y confusa, viendo sus prendas, atavíos y brillos menguar y opacar, amagando ficticios renacimientos y ensayando afeites y acomodos que terminaron por dejarla al descubierto con sus achaques escleróticos y pedestres impedimentos.

Atosigada por la cotidiana afluencia no pocas veces invasiva desde un conurbano caótico y multitudinario, de autos humeantes y buses destartados, sin liderazgos y sobre todo, sin ideas, Asunción solo sigue.

Pero seguir solamente, es ir resbalando de a poco hacia condiciones cada vez peores, porque los déficits, los pasivos ambientales, la precariedad física y social no se detienen y ejercen presión creciente. Hoy mismo, rodeando la ciudad, interponiendo sus miserias a nuestras prioridades y urgencias, hay alrededor de 500 asentamientos informales donde malviven cerca de cien mil personas para las que los políticos prometen 'regularizaciones' y legalizaciones y a las que azuzan y enardecen cuando les conviene. No son pocos los asentamientos que tienen su origen en calculados y bien montados operativos subrepticamente avalados o impulsados por políticos, que después se desentienden sin rubor una vez conseguido el efecto mediático y los réditos electorales.

En los procesos urbanos, que por su propia naturaleza son dinámicos y altamente complejos, 'seguir nomás', pateando los problemas hacia delante, improvisando y prometiendo acciones y proyectos fantasiosos que solo existen en los discursos, o amagando soluciones que no pasan de ser simulacros o simple maquillaje para disimular la incapacidad y la falta de ideas, el no hacer nada es una manera elíptica de convocar al desastre.

Entre el avance de la marginalidad y la repartija de la ciudad en porciones, sea para la especulación inmobiliaria, por la apropiación informal o la depredación marketinera, lo que nos va quedando es una ciudad de guetos.

Una 'guetificación' que no es solo física, sino que por el contrario es la expresión física de una 'guetificación' cultural previa que hasta tiene sus 'slangs' específicos y definidos, sub culturas particulares, acuciosamente investigadas por publicitarias e investigadores de mercado, no por el interés de sus ocasionales patrones en indagar condiciones superadoras ni idear aportes ni abrir la posibilidad de una mayor integración, sino para extraer ganancia de lo que hay, para identificar nichos de mercado cada vez mas localizados.

La Asunción del bicentenario es una ciudad de circuitos y territorios estancos, de compartimientos segregados por el marketing y las rapiñas especializadas. Ciudad de garitas y guardias privados, de recintos y lugares celosamente delimitados y vigilados, donde al ciudadano común no le queda más opción que ser consumidor o ser un refugiado en su propia casa, y donde el único salvoconducto que le permite ser alguien no es su condición de ciudadano sino su tarjeta de crédito.

## 5- Identidad y verbalización, o la futilidad de los demiurgos.

En Encarnación escuché a los encarnacenos referirse a su ciudad, verbalizar su sentido de pertenencia, enunciar que son encarnacenos.

Salvo colegas empedernidos en su vocación urbanística, en Asunción nunca escuché a un asunceno común decir, nombrar, verbalizar su 'asuncenidad'. El asunceno no habla de Asunción. El asunceno habla del tránsito, de la basura, de los baches y los raudales, se queja del intendente que sin embargo votó, pero no habla de la ciudad. No habla de **su** ciudad ni tiene utopías que le movilicen.

No habla porque no la ve ni la siente como su ciudad de la misma manera en que sí la ve y la siente un encarnaceno, incluso un 'esteño'.

En todo caso, habla de su barrio, porque su visión llega hasta ahí, y sin decir que ello sea algo objetable ni mucho menos, la persistencia de la percepción barrial indica también el carácter pueblerino de una ciudad que es capital del país, **pero** donde sus habitantes son moradores de barrios, pero no ciudadanos con visión de ciudad.

Por eso más arriba decía que un rasgo distintivo de Asunción es su carácter pueblerino, rasgo que cerca de quinientos años de historia no lograron proyectar hacia una visión mas abierta, universal y totalizadora.

A veces no basta saber de dónde vienen las transformaciones que necesitamos, como mencionaba hacia el final del punto 2. También, por un recurso que los retóricos llamaban 'contrario sensu', suele ser útil saber de dónde **no** vienen las transformaciones urbanas. Aclarar esto es bueno porque puede permitirnos deshacernos de algunos mitos y al mismo tiempo, dejar mas claras las ideas.

En primer lugar, no vienen 'de las autoridades'. Administraciones municipales que actúan por sí solas, apoyadas en técnicos de mostrador, terminan devastando las ciudades para convertirlas en el reflejo de su mediocre cosmovisión burocrática, eso en el mejor de los casos y suponiendo, no sin inocencia, que no se contabilizan los vicios de la corrupción y de la peor politiquería, que suelen ser más la regla que la excepción.

En segundo lugar, las transformaciones no vienen de los 'urbanistas'. En el Renacimiento era común que arquitectos/artistas/urbanistas fueran de ciudad en ciudad, postulándose para ser acogidos por el déspota ilustrado de turno y desde ahí, desarrollar sus aspiraciones estéticas y sus planes de ciudades ideales, como demiurgos que tenían la capacidad de ver e interpretar la sabiduría negada a los demás mortales.

Sin variar en nada el mismo modelo, hasta mediados del siglo XX, Le Corbusier y otros seguidores del Movimiento Moderno idearon planes y figuraron trazados poniéndose al servicio de autoridades que suponían poder desarrollarlos sin más, en lo que un gran historiador definió como 'urbanismo demiúrgico'.

Los tristes resultados están a la vista, y, aunque enmascarado, sigue siendo un enfoque muy querido por quienes sostienen sin decirlo, la vigencia del mesías iluminado, el protagonismo cinematográfico del demiurgo.

Fueron los ingleses (el triunfo del empirismo, *again?*), cuando rompieron con el sistema imperante, los que por esas mismas épocas rescataron el valor de la pertenencia y de la identidad como bases para imaginar o pensar la ciudad, valorizando el trabajo interdisciplinario y sin estrellas solitarias, y bajando a la terrenal dimensión de las personas de carne y hueso que viven, sueñan, sufren y desean en los incontables mundos que las ciudades encierran.

Hoy sabemos que, como la verdad que no es una sino múltiple, la ciudad solo puede concebirse como multiplicidad que hay que saber leer desde diferentes ángulos y conocimientos, y como con la enseñanza, lo importante es dejar aprender, antes que enseñar, porque el sujeto no está en quien enseña, sino en quien aprende, por más que el podio, los reflectores y el discurso brillen más.

Por eso, en la pueblerina madre de ciudades el trabajo pendiente está en escuchar. En saber leer y saber escuchar. Y saber interpretar la mudez elocuente de los que muchas veces callan, no porque no tengan nada que decir, sino porque no encuentran nada que los motive o los interpele.

Entonces, son los encarnacenos más inteligentes que los asuncenos?

**Luis Alberto Boh**

Asunción, mayo de 2012